

# Todo lo que aprendimos de las películas

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

María José Navia, *Todo lo que aprendimos de las películas*

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-8393-327-5

Depósito legal: M-28719-2022

IBIC: FYB

© María José Navia, 2023

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

**María José Navia**

**Todo lo que aprendimos  
de las películas**





# ÍNDICE

Mal de ojo . . . . .	13
Dependencias . . . . .	53
Sacar la lengua . . . . .	63
Fan. . . . .	79
Bond . . . . .	91
Guardar el aire. . . . .	105
Escenas borradas. . . . .	111
Gretel. . . . .	121
Sirena . . . . .	133
Calima. . . . .	139



*Para Sebastián:  
más acá y más allá de las películas.*



It is always an accident that saves us.  
It is someone we have never seen.

*Light Years*  
James SALTER

It isn't given to us to know those rare moments when people are wide open and the lightest touch can wither or heal. A moment too late and we can never reach them any more in this world.

«Basil: The Freshest Boy»  
Francis Scott FITZGERALD

Their eyes are swimming. The daughter's eyes say 'Certainly, certainly'; the mother's eyes say 'Perhaps, perhaps...'

*Good Morning, Midnight*  
Jean RHYS

In a big family, if you want to be alone, you have to get up before the rest of them. You get up early in the morning in the summer and it's you, you, once in your life alone in the universe. You think you know everything that can happen... Nothing is ever like that again.

«The Ice Wagon Going Down the Street»  
Mavis GALLANT

Film is our greatest spiritual director.  
It shows us what it is to be a passing shadow.

*The Winter Sun: Notes on a Vocation*  
Fanny HOWE



## MAL DE OJO

*I want to know what do to  
with the dead things we carry.*

«This Morning the Small Bird Brought  
a Message from the Other Side»  
Aracelis GIRMAY

1

Podría dibujar de memoria su oreja.

La derecha, justo antes de que todo se vaya a amarillo,  
violeta, gris.

Justo antes de dejar de ver.

Justo antes de que empiece la angustia.

El niño ya va ordenando los crayones sobre la mesa.

Me pregunto si será su forma de espantar al miedo.

Pinta el dibujo de unos monos que ahora seguro dan en  
la tele.

Hace meses que no la prendo.

Amarillo, violeta, gris.

*Mira mi oreja.*

*¿Duele?*

*¿Si te dejo sola un momento vas a estar bien?*

Es mi octavo procedimiento y las secretarias ya me saludan por mi nombre.

La enfermera me reta, entre sonrisas, por venir con tanto maquillaje cuando sé que me van a poner gotas y se me va a chorrear todo.

Mi mamá ya no me acompaña.

Se aburrió de venir con su billetera a hacer la magia.

Algún día debo aprender a arreglármelas.

El Padre apenas me mira.

Así le digo a veces en mi cabeza.

El Padre, el Niño.

Ella.

Se turnan para traerlo.

No sé cuánto más pueda aguantar su ojo.

Cada vez que lo veo parece un poco más triste.

Le sonrío a su cara de pirata, a la oscuridad del parche con un dinosaurio al centro.

Yo salgo sin parche y con el mundo ya borroso.

Mis pupilas dilatadas.

Los ojos claros son más sensibles, me dijeron la primera vez.

Sé que debo esperar varias horas antes de que vuelvan a ser verdes.

Pardos.

*Como el musgo.*

*Como una piedra bajo el agua.*

Eso, cuando levanto la vista.

Es decir: nunca.

Padre mira su teléfono mientras camino al ascensor.

Todavía Niño no sale.

Y Ella no está aquí.

En las contadas ocasiones en que están ambos, apenas se hablan.

Se turnan en abrir la billetera.

No parece ser un problema para ellos.

Dicen te toca a ti con voz plana y sin mirarse.

Alguien rebusca en su pantalón, alguien abre una cartera de cuero rojo.

Y el Niño pinta cielos amarillos, aviones verdes, pájaros color violeta.

Padre levanta la vista y me mira.

2

Los ojos se me llenan de sangre. El láser cauteriza, las inyecciones despejan la retina y luego todo vuelve a empezar. A veces veo rojo. Y entonces me cierro, esperando que se absorba. Trato de llegar rápido a esconderme. Si estoy en la oficina, me siento en el suelo, bajo el escritorio. En la universidad todavía no cambian las puertas a vidrio. Nadie me ve. Yo, en cambio, veo rojo. Me angustia caminar y sentir el mundo desfigurarse.

Los borrones, las manchas, las serpientes.

El doctor dice que ya pronto lo estabilizaremos. Que no les tenga miedo a las serpientes. Pero ya van casi dos años y la sangre no se aquieta. Pienso si para Padre seré la mujer mochila, la chica libro, la muchacha gris. Si pensará en mí. Cualquier cosa con tal de distraerme de mi cabeza y sus escenarios ciegos. Me imagino siendo una carga para todos. Obligada a ser un bulto en la casa de mis hermanos y esa interacción, que no imagino tan civilizada, del *a ti te toca*.

El Niño está más enfermo que yo. Me lo ha dicho el doctor Oreja, esperando mi compasión o alivio. Va a perder la vista, murmura, y es nuestro secreto y me siento culpable cuando salgo y veo a Padre borroso y Niño levantándose de su asiento porque ya es su turno. Después del procedimiento no puedo mirar mi teléfono. Los mensajes se acumulan sobre la pantalla sin que pueda leerlos. Una mancha blanca entre manchas negras, un texto mojado por la lluvia.

Veo luces.

Fuegos artificiales en los bordes de los ojos, y cuando los cierro, siguen ahí.

Me pregunto si quedarse ciega se sentirá como una última explosión.

Niño no tiene diabetes.

Sus ojos sufren por otra razón y no por el azúcar.

En mi caso el mal de ojo lo trae la sangre.

Mi abuela murió de esto.

Sin una pierna, ojos nublados, olor a fruta.

Mi abuela venida de Alemania.

A veces pienso en mis ojos como unas figuritas de mazapán.

Aprendí a orientarme en mi departamento a ojos cerrados. La verdad, a ojos abiertos, pero sin ver. El conserje me acompaña al ascensor cuando me ve llegar. Me dice *mi niña*. Me pregunta por mis *ojitos*. Yo le sonrío. Le digo que ya casi no me duele. Eso parece aliviarlo. En el edificio ya murió una mujer a la que le dolía todo.

Podía pasar semanas enteras en la clínica.

Nosotros nos fuimos acostumbrando a las sirenas.

Uno siempre se acostumbra a todo.

Yo, en cambio, vuelvo.

Le sonrío.

Insisto, con mi mejor cara, que no me duele.

El doctor Oreja se atrasa. También el doctor de Niño. Algo con una reunión directiva, con un imprevisto. La secretaria nos dice, a mí y a Padre, que por favor los esperemos. Que vayamos a tomar un café. Que vienen en camino. Padre está ojeroso y no parece enojarse. ¿Tienes hambre?, le pregunta a Niño que ahora juega con un Ipad. Hace puzzles, ve videos, apenas lo escucha. En alguna

parte leí que el placer de las pantallas se parece a un shot de heroína. Que luego era difícil que los niños se entusiasmaran por juguetes y plazas. Afuera llueve. Niño-junkie no quiere ir a la cafetería. Hay que salir para eso y él no quiere mojarse. Padre intenta convencerlo sin resultados.

Entonces abro la boca.

«Yo lo miro», le digo.

(Con mis ojos malos, yo lo miro).

No ve la ironía.

(Con sus ojos buenos, no la ve).

¿Estás segura?, dice. ¿Te quedas aquí tranquilito? Le pregunta a Niño que, en esos momentos, se transforma en Pedro.

Y Pedro dice que sí, que prefiere quedarse.

Y que por favor le traiga una Fanta.

¿Quieres algo tú?, me pregunta Padre, a quien le quedan solo unos minutos para ser Padre. Yo invito, insiste, y apunta a la billetera que tiene en la mano como para demostrarme que puede pagarlo.

En mi cabeza se forman las palabras: a ti te toca.

*Un café. Cortado.*

Se va y yo le doy las gracias a su espalda.

Cuando vuelve, mientras me pasa unos sobres de azúcar algo mojados, Padre se convierte en Mauricio.

Yo los guardo en la cartera.

Un mini souvenir de veneno.

Mauricio y Ella se separaron cuando Pedro era muy chico. Pedro no los recuerda juntos. Esto me lo cuenta rápido, sin mirarme.

No importa lo horrible que sean nuestros pasados, siempre caben en un puñadito de palabras.

(El mío también).

Y dice «Ella»; dice «mi ex», todavía no sé su nombre.

Sé que tenemos quince minutos para hablar. Mientras los ojos de Pedro pasan del amarillo, al violeta, al gris.

Antes de que lo devuelvan con un parche nuevo.

Mauricio no pregunta por mi vida. Tampoco por mi enfermedad. Pregunta sí qué estoy leyendo, qué escucho, qué anoto en mi libreta. Debe tener algunos años más que yo pero, por ahora, me quedo con la duda. Me da vergüenza preguntarle. Quiero decirle que debe ser difícil lidiar con lo de Pedro, pero todavía no estamos para esos comentarios. Estamos para el hola, el cómo has estado, el cuántas sesiones más te quedan.

Falta un mes para el ¿te viene a buscar alguien?

Para el no seas ridícula, cómo te vas a quedar esperando al Uber si está lloviendo.

Para el yo te llevo.

Faltan dos para que yo deje de mentirle.

3

En cada trayecto le invento algo distinto. Mauricio maneja despacio, Pedro siempre se queda dormido y no molesta. Lo siento casi como una obligación. Algo para entretenerlo. La Scherezade del regreso a casa.

Le digo que estoy escribiendo una novela.

Que estoy pensando en correr una maratón.

Que hace poco terminé una relación larga.

Que soy tímida.

Que, cuando chica, mi sueño era ser astronauta.

Mauricio escucha atento, pero no hace más preguntas.

Siento que su interés es cortés pero leve.

Que en cualquier momento se evapora.

Y yo hago piruetas de delfín o, mejor, cada vez una nueva rutina de patinaje sobre hielo.

Al menos, así lo imagino.

Después me lo quedo mirando, en espera del veredicto.

Él sonríe, solo un poco, solo a veces, y mira por la ventana.

Me gustaría decirle que se baje, pero siempre viene Pedro atrás, dormido y recién operado. Mi departamento es diminuto, no tengo tele, no sabría cómo entretenerlo. El conserje me mira con curiosidad cuando me ve bajar de esa camioneta enorme. Mauricio no me ayuda y a mí me cuesta, con el ojo malo y mi torpeza de siempre. Pero tampoco le digo nada.

Me esmero cada vez más. Vestidos lindos, maquillaje. Aros. Ahora entiendo las vestimentas de las patinadoras: siempre llenas de brillos.